

grandísimo talento, dice que la partición posible y aun probable de la Turquía era el asunto continuo de las conversaciones de los dos emperadores. Comprendemos perfectamente que las naciones juzgadas por la conquista turca y todavía vivaces, sacudieran el yugo de los bárbaros de Oriente y los arrojasen al Asia: el derecho de los pueblos es imprescriptible, y pueden oponer siempre la violencia á la violencia. Pero ¿con qué derecho se repartían la Turquía Napoleón y Alejandro? Todavía concebimos la ambición del czar, que tiene algo de nacional, puesto que el sueño constante de los Rusos era el de reinar en Constantinopla; pero como Napoleón, que en Santa Elena mostraba temor de que la Europa llegase un día á ser cosaca..., ¿cómo podía auxiliar tan peligrosa ambición? Él mismo decía que Constantinopla era el imperio del mundo, y que jamás consentiría abandonarlo á la Rusia. Y, en efecto, Constantinopla quedó siempre excluida de los proyectos de repartición, al menos en el ánimo de Napoleón. Pero al entregar las provincias del Danubio á Alejandro, ¿no le facilitaba el camino de Constantinopla? Y si los Rusos eran tan temibles para la independencia de la Europa, ¿no hubiera sido más conveniente enfrenarlos que soltarles la brida?

Napoleón tenía también su ambición, aun más gigantesca que la de los Rusos. Ya en Tilsit pensaba invadir la península ibérica. El tratado no hablaba más que de Portugal; pero en el pensamiento de Napoleón, la destitución de la Casa de Braganza debía ser el preludio de la de los Borbones. Para hacer que la Europa aceptase esas audaces usurpaciones, necesitaba un cómplice; y como dice ingenuamente un historiador francés, "necesitaba conceder una ó dos provincias danubianas á la Rusia para adquirir el *derecho* de destronar en España á una de las más antiguas dinastías, y renovar al otro lado de los Pirineos la política de Luis XIV," (1). De ese modo Napoleón concedía á Alejandro las provincias del Danubio que no le pertenecían, y mediante aquella graciosa concesión adquiría el *derecho* de destronar á los Borbones de España, y de mejorar á aquella nación con un príncipe de la familia Bonaparte. Tal era, en efecto, el *derecho* que reinaba bajo el régimen imperial. Asis-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIX (tomo II, p. 549).

tamos ahora á una conferencia que se verificó en San Petersburgo entre el embajador de Napoleón y el ministro de Alejandro.

En 1808, el emperador escribió al czar una carta en la cual le indicaba la intención de acometer la cuestión de Oriente, de tratarla bajo todos sus aspectos y de resolverla definitivamente; expresaba también el deseo de admitir al Austria á la partición; y, por último, proponía una expedición á la India á través del continente asiático, por un ejército francés, ruso y austriaco. Alejandro experimentó una alegría inmensa, y mostró gran admiración por los proyectos del grande hombre, á quien llamaba su amigo. "Decidle, repetía frecuentemente á Caulaincourt, que soy todo suyo y lo seré mientras viva; que mi imperio y mi ejército todo está á su disposición. Que cuando le pido alguna cosa que satisfaga el orgullo de la nación rusa, no es por ambición mía, es por darle esta nación en cuerpo y alma y aliarla á sus proyectos, tanto como lo estoy yo." Si Napoleón era un grande hombre, Alejandro era un gran cómico. ¡Tener él ambición!... Nada de eso; no tenía más que la de ser el más leal servidor del *grande hombre* que gobernaba á la Francia. Por lo demás, él no pedía nada ó casi nada: que se le diera Constantinopla, y quedaba satisfecho. Y no la pedía por él ni para él; era sólo para que los Rusos amasen y adorasen á Napoleón.

Ya veremos más adelante qué juicio debemos formar de la sinceridad de Alejandro. Por de pronto era juguete de un engañador más astuto que él. Es imposible que Napoleón pensara nunca seriamente en el reparto definitivo del imperio Turco; lo que quería era halagar la ambición de su amigo de San Petersburgo, haciendo esperar montes y prodigios de la alianza francesa. Estamos, pues, en presencia de los cómicos que representan primeros papeles. Asistamos á la representación (1). Caulaincourt y Romanzoff están sentados alrededor de un tapiz verde. Silencio profundo. Ninguno de los dos quiere tomar la palabra. Modestia y reserva, tal vez embarazo, como dice Thiers, y si se quiere, confusión. El ministro ruso devoraba ya la rica presa que Napoleón entregaba al *monstruo de la ambición rusa*—frase del historiador francés:—

(1) Lo que vamos á decir es auténtico en cuanto al fondo. En cuanto á la forma, si bien es de invención, con seguridad es expresión de la realidad.

Caulaincourt no tenía ganas de entrar en la boca del animal. "*El más hambriento debía hablar primero, y habló en efecto.*" Y una vez abierta la boca, el *monstruo* engulló con una audacia inaudita, añade Mr. Thiers. Después de haber hablado largo rato fué preciso formular el proyecto de reparto. Nuevo embarazo. Caulaincourt se negó á escribir, pensando que correspondía al monstruo declarar lo que quería. Romanzoff consintió en escribir, pero no en firmar. Sin duda temía que la garra del monstruo causase espanto. Sin embargo, Alejandro reconoció como suya la nota verbal. Á la vista tenemos el documento, oigamos á los actores (1).

*El monstruo moscovita*: "Hace poco hemos repartido la Polonia, y lo hemos hecho para salvar el equilibrio europeo. Hoy propongo debilitar el imperio otomano por medio del desmembramiento de sus provincias, pero es para alcanzar la paz general, y para afirmar la tranquilidad de Europa." En efecto, ¿quién ignora que los Turcos son los catañidos del Occidente, y que esos bárbaros habían encendido la guerra que le ensangrentaba hacia quince años? "Conforme, contestó el embajador de Francia. El Emperador, mi amo, ha tomado la iniciativa de ese gran proyecto; todo el mundo sabe que lo que más le preocupa es la paz." No lo dudamos, repuso Romanzoff. "Mi amo se complace en recordar la conferencia de Tilsit. Allí fué donde el grande hombre propuso el repartimiento de la Turquía, á fin de dar una brillante prueba de su amor á la paz; allí expuso el proyecto de una gigantesca expedición á la India á ejemplo del grande Alejandro; y el czar, fiel á sus compromisos, está pronto á concurrir á ella."

¿Quién no admiraría la generosidad y la mutua abnegación de los dos emperadores? Los dos no tienen más que un pensamiento: libertar la Europa de los Bárbaros á fin de consolidar la paz del mundo. Pero ¿qué harán de los países que resulten vacantes? Napoleón *adquirirá la Albania, la Morea y la isla de Candia*. La Rusia *recogerá la Valaquia y la Moldavia*, lo cual le dará por límites el Danubio. Esas son las fronteras naturales. Los Rusos abundaban en los principios del 89; nada de conquista, sólo anexiones: "Para comple-

(1) La nota de Romanzoff ha sido publicada por M. THIERS en su *Historia del Consulado y del Imperio*, t. II, p. 552-551, nota (edición francesa).

tar nuestra frontera del Danubio, dice Romanzoff, nos sería necesaria, además, la Besarabia; no es más que una costa á la orilla del mar; añadid á ella la Bulgaria, y entonces el emperador estará pronto á concurrir á la expedición de la India." "Muy bien, dijo Caulaincourt; pero mi amo es de opinión que es necesario hacer intervenir en esa expedición un cuerpo de tropas austriacas, y entonces ¿no ha de dársele una parte al Austria?" "Aplaudo á dos manos, replicó el Ruso. Pero como deseáis que el cuerpo auxiliar sea numeroso, es justo proporcionar una recompensa al concurso que presta nuestro aliado. Me parece que *el Austria encontraría una compensación suficiente si se le adjudicase la Croacia turca y la Bosnia*, á menos que Napoleón no quiera reservarse una parte para sí. Me parece, añadió Romanzoff, que estáis satisfecho, porque todo lo que acabo de decir está *calcado en los compromisos de Tilsit*." "No pongo dificultad alguna, replicó Caulaincourt; pero desde Tilsit para acá los proyectos de mi amo han tomado mayor magnitud; al presente se encontrará dispuesto á tomar parte en un *desmembramiento más grande del Imperio otomano*." "Que no se pare en ello, dijo el Ruso; tanto más asegurada quedará la paz del mundo. Por otra parte, basta que el emperador de los Franceses lo desee, para que mi amo se apresurase á darle esa prueba de amistad y deferencia."

Los diplomáticos ponen manos á la obra y hacen un nuevo reparto. "Mi amo, dice Romanzoff, quiere que su lote *sea moderado en extensión*, mientras que su deseo es que la parte de su aliado tenga mucha mayor proporción." Oigamos al magnánimo Alejandro el Grande: "*Yo vería, no solamente sin celos, sino con muchísimo placer, que el emperador Napoleón adquiriera y reuniera á sus Estados, á más de lo que antes se ha dicho, todas las islas del Archipiélago, Chipre, Rodas, y aun lo que queda de las Scalas de Levante, á más de la Siria y del Egipto.*" El czar no será menos generoso para con Austria; le cede la Servia y añade á ello la Macedonia, siempre bajo la reserva de los deseos de Napoleón el Grande. ¿Por qué tan tierna solitud hacia una potencia que iba á intentar una nueva leva de infantes y caballos contra el emperador? El czar lo confiesa con aquella ingenuidad que le era propia: era un recuerdo; Tilsit, el que lo decide á ello, allí, con las expansiones de la amistad,

Napoleón le decía "que los amigos no debían estar demasiado próximos, por temor de que su afecto se enfriase." Hé ahí por qué quiere colocar las posiciones austríacas entre la Francia y la Rusia.

"Todavía no he pedido nada para mi amo, continúa Romanzoff: necesita una ligera compensación de los regalos que hace á su amigo; nada más pedimos que la ciudad de Constantinopla, con un radio de unas cuantas leguas en Asia y una parte de la Rumelia en Europa."

El ruso espera que el galo se dejará sorprender por tan singular moderación. Napoleón tendrá magníficos castillos en España, mientras que el czar, dueño de Constantinopla, lo será del mundo. Pero Caulaincourt exclama como si hubiese leído en el pensamiento de Romanzoff: "¡Constantinopla... ese es el imperio del mundo!". El diplomático ruso replica: "Nosotros os hemos dado casi toda la Turquía, ¿queréis más? ¿Queréis á Simyrna? ¿Queréis algún otro punto de la corte de Australia? ¿Queréis aún la India que conquistaremos juntos? Mi amo os la entrega toda entera; no quiere poseer allí nada; vosotros haréis de ella lo que queráis." A pesar de tan brillantes ofertas, Caulaincourt no se dejó seducir: la palabra de Napoleón resonaba siempre en sus oídos: "Constantinopla es el imperio del mundo." Y sabía bien que su amo no tenía maliciada la gana de ceder la monarquía universal al czar. Ese fué el único punto sobre el cual nuestros diplomáticos no llegaron á entenderse.

Napoleón no había tenido jamás el designio de repartir al imperio otomano; y no por que le asaltase el menor escrúpulo de derecho: en aquella escandalosa negociación, en que se repartía un imperio como si se tratase de una sucesión, la palabra derecho ni siquiera llegó á pronunciarse. Pero Napoleón no quería á ningún precio ceder Constantinopla á los rusos, y éstos sin Constantinopla no querían reparto alguno. Sin embargo, Napoleón se vió obligado á hacerles una concesión. Cuando los dos emperadores se avistaron en Erfurt, acababan de realizarse graves acontecimientos. Los franceses habían ocupado á Roma é iban á invadir la península ibérica: eran necesarias compensaciones, no para Alejandro, á quien la amistad del gran emperador le bastaba, sino para satisfacer á la nación rusa. ¿Por ventura los rusos se interesarían por el papa, ó por los Borbones? El czar trató á esas potestades decaídas con el más soberbio des-

dén: "Eran tristes personajes, decía, el que por su incapacidad habían merecido lo que les pasaba y se habían hecho por su obediencia incompatibles con el estado actual de las cosas en Europa." Pero cuando Napoleón se engrandecía en Occidente, ¿no era justo que Alejandro se engrandeciese en Oriente? Después de todo, la Francia recibía el mayor lote; y para asegurárselo no le quedaba otro medio más que la alianza rusa; por consiguiente, necesitaba hacer un sacrificio. Por eso Napoleón respondió á Alejandro: "Por este momento es imposible entendernos acerca del repartimiento de la Turquía; hartas dificultades tenemos sin añadir á ellas las de esos desmembramientos territoriales. Dejemos á un lado un proyecto quimérico, á fuerza de ser grandioso. Yo os cedería las provincias del Danubio, adquisición la más grande que ha hecho la Rusia de algunos siglos á esta parte. No sería difícil hacer aceptar á la diplomacia europea ese engrandecimiento sin salir de los medios pacíficos. En cuanto á mí, no quiero ya nada más. En España está José; en Roma el poder temporal de los franceses, y eso calma todos mis deseos. Si no obstante, la Inglaterra se negase siempre á la paz, y si los negocios de España quedasen arreglados, entonces los dos emperadores podrían empeñarse en un porvenir inmenso y desconocido, que el Oriente les proporcionaría. Somos jóvenes y tenemos tiempo de esperar." (1).

La fuerza ha tenido la palabra, y es hora de que la justicia hable. Napoleón abandona en Tilsit la Finlandia á Alejandro, y los dos emperadores se proponen repartir la Turquía. Era, pues, bajo el punto de vista moral, cometer dos infamias. La Suecia era la aliada de la Rusia; el amigo despojaba al amigo. Lo mismo había sucedido al repartirse la Polonia. Napoleón llegó á ser emperador y tomó los usos de los reyes. La Francia era aliada secular de la Turquía; y recientemente la había excitado Napoleón á declarar la guerra á la Rusia, no en interés de los Turcos, sino de él. Así consiguió dividir las fuerzas de los Rusos, y obtuvo el éxito en la guerra de Polonia. Los Turcos le mostraron una ciega adhesión, y por precio de su abnegación libró sus más bellas provincias del *monstruo moscovita*. "Es, dice Armando Lefebvre, la

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXXII (tomo II, p. 722-724).

más negra y desleal ingratitud. En el orden de las ideas morales, esta falta es inmensa; es una falta imborrable en la gloriosa memoria de Napoleón." El historiador francés quiere nada menos que excusar á su héroe: "Los sucesos con su curso violento é irresistible, le han arrastrado. Las circunstancias hicieron de la alianza con la Rusia una necesidad, y es forzoso aceptarla con todas sus consecuencias." (1). ¡Poble disculpa! ¿Quién tenía necesidad de la alianza? La ambición de Napoleón que degeneraba en locura y en crimen. Una falta primera ¿disculpa la segunda? Un primer atentado ¿disculpa el segundo? En derecho se llama esto circunstancia agravante, y la justicia humana aumenta su severidad para con los culpables cuando reinciden. La historia es el juez para los reyes como para los pueblos. Para vergüenza del gran emperador, los Bárbaros le van á dar una lección de lealtad. Escuchemos á los Turcos.

Napoleón se hizo mediador entre la Rusia y la Turquía para poner fin á la guerra que él mismo había provocado. Es verdad que los Turcos debieron atenerse á algo más que á la justicia. Ellos habían demostrado una confianza sin límites en el emperador; habían seguido todos sus consejos y se habían mostrado escrupulosos en cumplir sus compromisos. Por todos los servicios que habían prestado á Napoleón, no esperaban más que el beneficio de la paz. Pues bien, esa mediación encubría una negra traición; los Rusos ocupaban las provincias del Danubio, y el mediador era su cómplice. En Constantinopla no se quiso creer en tanta perfidia: "Hemos declarado la guerra á los Rusos, decían los ministros Turcos al general Sebastiani, porque la Francia nos ha pedido que lo hagamos. Un negociador ruso ha venido á ofrecernos de parte de su corte la evacuación de dos provincias, y nos hemos negado á todo. Los Ingleses han hecho mil esfuerzos para arreglarnos con la Rusia, y hemos rechazado sus proposiciones. Han querido obligarnos á ello por la fuerza, y hemos resistido. Recientemente aún nos han hecho nuevas proposiciones, y hemos permanecido fieles á la alianza que nos une á vosotros. Lord Pachet ha marchado, y las propiedades de los Ingleses se hallan confiscadas; sus mercancías están prohibidas y nuestros

puertos cerrados á sus naves." (1). Todo esto, dice un historiador francés, era una verdad palpitante: "era la Puerta, dice Lefebvre, la corte inculta y bárbara la que nos daba á nosotros, los señores de la Europa, los jefes de la civilización, lecciones de fidelidad y de honor."

Por confiados que estuvieran los Turcos en la lealtad de Napoleón, no pudieron menos de ver que eran víctimas de sus engaños. Sebastiani escribe al ministro de Estado: "La Francia está mirada aquí como una aliada infiel que ha hecho traición á la sublime Puerta. Esta convicción es general, y es imposible destruirla. La Turquía tiene hoy más odio á la Francia que á la Rusia." (2). El odio estalló con actos de violencia. Thiers dice que los Turcos se condujeron con el furor de bárbaros, ávidos de sangre y de rapiña; y se prevale de esos excesos para excusar y aun para justificar á Napoleón (3). Pero el historiador francés se olvida de añadir que era la traición la que había provocado la cólera del pueblo. Eso no excusa la barbarie de los Turcos; pero tampoco la barbiere de los Turcos excusa al emperador. El más culpable es el jefe de una nación civilizada que acababa de hacer una revolución en nombre del derecho contra los abusos de la monarquía; y el heredero de esa revolución rechazaba sus grandes principios para descender hasta las infamias de la política monárquica.

Dejemos al pueblo que se le llamaba bárbaro y que mostró una lealtad admirable en su conducta, y examinemos las estipulaciones de Tilsit, así como las negociaciones que después vinieron. Alejandro y Napoleón se repartieron la Europa: para uno el Occidente, para otro el Oriente. Y esto no es una exageración: en Erfurt recibieron nueva sanción, y si se quiere aplicación, las convenciones de Tilsit, puesto que los reyes acudieron de todas partes para doblar su cuello ante los señores del mundo. Dicese que se convino que el uno sería emperador de Oriente y el otro tomaría el título de emperador de Occidente: el Elba debía formar el límite entre las dos monarquías (4). Tal vez en

(1) Despacho del general Sebastiani, del 10 de Diciembre de 1807 (LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa*, t. III, páginas 370-372).

(2) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa*, t. III, página 378.

(3) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XXIX (tomo II, p. 549).

(4) EL CONDE DE GARDEN, *Historia general de los tratados de paz*, t. XII, p. 281.

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. III, p. 96.

ese sentido decía Napoleón en una nota dirigida á Alejandro: "La política del emperador es la de que su influencia inmediata no pase más allá del Elba," (1). Hubo restricciones mentales en el repartimiento de la Europa por parte de los dos pretendientes. En efecto, dos monarcas universales no pueden coexistir, implica contradicción. La lógica de las ideas y de las pasiones hubiera conducido á una sola monarquía del Occidente, y se hubiera realizado si Napoleón hubiera vuelto vencedor de Moscow. Muchas veces hemos dicho que la monarquía universal sería la tumba de la humanidad, porque no puede haber vida sin libertad, y la libertad es incompatible con una dominación que se apoya en la fuerza y que pisotea el derecho de las naciones. Aun cuando el emperador no tomó el título de emperador de Occidente, era realmente el dueño. Y ¿cuál fué la condición de la Europa durante aquel régimen?

Napoleón escribe á Savary, á quien había enviado á San Petersburgo con misión extraordinaria, lo siguiente: "He hablado francamente al embajador ruso de los asuntos de Constantinopla, haciéndole entender que todo lo que pudiese estrechar nuestros vínculos me convenía; que el mundo era demasiado grande para nuestros dos poderes," (2). El mundo es demasiado grande para Napoleón y para Alejandro; provisionalmente por lo menos; y ¿qué vienen á ser los pueblos? Y ¿qué vienen á ser los príncipes en aquel reparto de la Europa? Alejandro codicia la Finlandia, y Napoleón no vacila un instante en entregársela. El monstruo moscovita no se contenta con una provincia, quiere imperios. Alejandro pide la Turquía. El embajador de Francia en San Petersburgo hace una objeción: ¿Qué dirá la Europa? El nuestro ruso responde: "La Europa no dirá nada. ¿Qué es la Europa? ¿Dónde está sino en vuestras manos y las nuestras?" (3). La frase es característica. Había entonces un desgraciado príncipe, íntimo aliado de Alejandro; el rey de Prusia se humilló hasta importunar con sus ruegos al emperador del Occidente. Napoleón, impacientado, lo envió á su amigo el czar: "Alejandro tiene un medio

(1) Nota del 4 de Julio de 1807 (*Correspondencia de Napoleón*, tomo xv, p. 479).

(2) Carta del 7 de Noviembre de 1807 (*Correspondencia de Napoleón*, t. xvi, p. 173).

(3) EL CONDÉ DE GARDEN, *Historia general de los tratados de paz*, t. x, p. 261.

de indemnizaros, es el de sacrificaros sus parientes, los príncipes de Meklemburgo y de Oldemburgo, cuyos Estados ofrecen una bella indemnización á la Prusia en el Norte y hacia el Báltico; también puede entregaros al rey de Suecia, al cual podéis tomarle Stralsund y la porción de la Pomerania, de que se sirve tan mal. Que el emperador Alejandro consienta en esas adquisiciones á vuestro favor, que si no son iguales á los territorios que se os quitan, están mejor situados: en cuanto á mí, no me opondré á ello," (1). ¡Alejandro abandonaba á su amigo el rey de Prusia, y Napoleón le aconseja que sacrifique además á sus parientes de Alemania y á su aliado el de Suecia! En cuanto á los pueblos..., como si no existieran. La suerte de los príncipes nos interesa muy poco; y su abyección en Erfurt acredita que eran dignos de figurar como criados de la corte al lado del monarca de Occidente. ¡Pero los pueblos! ¿Se dispone de ellos como de materia bruta? No, tienen un alma, una vida, una individualidad que han recibido de Dios. ¿Y qué? ¿Se parte un alma en dos ó tres pedazos, se la trueca, ó se la da como una vil mercancía?

Tal era la condición de la Europa bajo los emperadores Alejandro y Napoleón. Para que no se nos acuse de una injusta antipatía, vamos á transcribir las palabras de un historiador francés, gran admirador de Napoleón. Hé aquí las reflexiones que el espectáculo de Tilsit inspira á Armando Lefebvre: "Jamás prevalecieron con mayor audacia las combinaciones de la fuerza material sobre los principios del derecho y de la equidad. Nunca se vieron poderes humanos que dispusiesen con una autoridad más arbitraria de los destinos de los pueblos, y que violasen con más horrible cinismo esa moral vulgar que prohíbe sacrificar al amigo que se ha entregado en vuestros brazos y que ha recibido vuestros juramentos. Nuestra alma se subleva á la vista de esos dos soberanos, los más poderosos de este mundo, ayer enemigos encarnizados, actualmente aliados, poniendo por base de su unión la ingratitud y la deslealtad, y entregándose mutuamente, á ejemplo de los triunviros de Roma, los despojos de sus aliados; de aquellos mismos aliados que poco antes habían arrancado al reposo de la

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. xxviii (tomo II, p. 399).

paz, arrastrándoles violentamente tras de sí á la arena de los combates," (1).

El historiador francés añade: "¡Nueva y terrible lección que enseña á los pueblos á qué precio se compran las conquistas y la grandeza!," Aún hay otra enseñanza en las escenas de Tilsit y de Erfurt. Una grande y poderosa nación se entrega á un hombre de quien esperaba su salud; la ilusión de la Francia contagió hasta á sus mismos enemigos, y los Alemanes mismos se arrojaban en brazos de Napoleón, saludándole como su salvador. Y cuando llega Tilsit, y cuando Erfurt muestra la Europa á los pies de Napoleón, los historiadores condenan y anatematizan la ambición desmesurada de un hombre. ¡Que digan más bien á los pueblos á toda hora, que se salven á sí mismos, y que llenen por sí mismos sus destinos! ¡Que digan y repitan que la libertad es la primera condición de salud! ¡Que enseñen á los pueblos que la libertad tiene por salvaguardia el derecho! ¡Que les prediquen no se debe sacrificar el derecho y la libertad á las dulzuras del reposo ni á la gloria de las armas! ¡Que les enseñen que la tranquilidad sin la libertad conduce á la muerte y á la podredumbre, y que las conquistas que violan los derechos de las naciones conquistadas, comprometen todavía más los derechos de los conquistadores! La Francia deslumbraba al mundo con el esplendor de su grandeza en Tilsit y en Erfurt: unos cuantos años después se veía invadida y desmembrada.

## N.º 2. — Las anexiones.

### I

La Revolución, al renunciar en un todo á las conquistas, conservó la ambición de dar á la Francia sus límites naturales por las anexiones voluntarias. En teoría ese principio es un progreso, pues tiene en cuenta el derecho; pero en la práctica se presta á abusos, y los abusos no faltaron en tiempo de la Convención nacional. Napoleón continuó decretando anexiones, y le sucedió alguna vez invocar el voto de las poblaciones, ¡comedia que el fuerte representaba á expensas de los débiles! La Francia había ya traspasado sus fronteras natura-

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de Europa*, t. III, página 114.

les cuando el primer cónsul llegó á ser emperador; eso sólo prueba que las anexiones que se verificaron durante el imperio fueron efecto de la violencia. Génova nos dirá cuál es el destino de los pueblos frente á un conquistador.

El general Bonaparte comenzó por democratizar á aquella república para hacer su dicha, eso se sobreentiende; y escribió al Directorio diciendo: "Génova pide á voz en grito la democracia, el Senado me envía diputados para sondear mis intenciones; es muy posible que antes de diez ó doce días la aristocracia de Génova sufrirá la misma suerte que la de Venecia," (1). La diferencia, sin embargo, era grande entre las dos repúblicas: Venecia se mostró resueltamente hostil á la Francia y favorable al Austria, mientras que Génova, bajo la apariencia de la neutralidad, era amiga de la nación francesa. Pero la amistad significaba lo mismo que la enemistad á los ojos de Bonaparte; democratizaba á los Genoveses mientras llegaba el día de anexionarlos; la independencia de la república era una pura ficción, á tal punto, que la Inglaterra no quiso reconocerla. El 2 de Agosto de 1804, el emperador comunicó á Talleyrand las comunicaciones de un tratado con los Genoveses, y su carta terminaba con estas palabras características: "Demasiado conoceréis la importancia de este tratado, que tiene por objeto sacar de la república liguriana todo lo que se puede sacar y dejarle, por lo demás, sin gobierno municipal y sin independencia," (2). ¡Admirad la independencia que el fuerte deja al débil! Principia por despojarle, después le dice que es libre... libre para morir de hambre.

Se concibe bien que los Genoveses prefirieran la anexión pura y simple; ésta no les gustaba nada, y, por lo menos, les aseguraba mal ó bien su subsistencia. Entre los motivos del senadoconsulto que decretó la anexión de Génova al imperio francés, se lee lo siguiente: "El 25 de Mayo de 1805, el senado de la república liguriana había votado la anexión; ochenta mil votos, la sexta parte de la total población de la Liguria, es decir, los habitantes inscritos en el registro civil, arzobispos, obispos, curas, miembros de las Universidades,

(1) Carta del 30 floreal, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 73).

(2) *Correspondencia de Napoleón*, t. IX, p. 560.